

Un viento denso, con olor a cristal, bajó de las montañas; un frío otoñal de humedad en movimiento. Descendió y entró en la ciudad, donde los árboles muertos silbaban y los letreros crujían. Incluso se abrió paso hasta la iglesia, porque la campana estaba sonando y no había nadie allí para tocarla. La gente en el patio dejó de hablar y escuchó. Jim Kroner también escuchó. Luego se aclaró la garganta y aplaudió con las manos gruesas, callosas y sucias.

—Está bien —dijo en voz alta—. Está bien, vamos a sentarnos ahora. ¿Quién tiene la lista?

—La tengo aquí, Jim —dijo una mujer, adelantándose.

—¿Están todos presentes?

—Todos excepto el alemán, el señor Grunin, o Grunger.

Kroner sonrió, luego formó una especie de megáfono con sus manos.

—¡Gruninger, Bartold Gruninger!

Un hombre pequeño con bigote se adelantó con entusiasmo.

—¡Ja! —dijo—. S'warschwer den Friedhof zu finden* (*es difícil encontrar el cementerio)

—Muy bien. Eso es todo lo que queríamos saber, si estabas aquí o no.

Kroner estudió las páginas de la lista cuidadosamente. Luego metió la mano en el bolsillo de su overol y sacó un trozo de lápiz y se llevó la punta a la boca.

—Ahora, antes de comenzar —le dijo al grupo—, quiero que sepan si hay alguien aquí que tenga una pregunta este es el momento de hacerla —Miró a la multitud de rostros silenciosos—. ¿Alguien no sabe quién soy? ¿No?

Llegó otra ráfaga de viento, disperso y rápido: ondeaba vestidos, movía el cabello húmedo; empujaba sobre los floreros de peltre y aplastaba las flores para convertir el polvo en remolinos contra las lápidas. Sin embargo, su olor a limpio, a cristal, desapareció ahora, porque había pasado por los campos sembrados de podredumbre.

Kroner hizo una marca de verificación en el cuaderno.

—Anderson —gritó—. Edward L. —un hombre con un mono como Kroner dio un paso adelante—. Andy, ¿cubriste el valle de Skagit, los condados de Snohomish, King y Seattle, verdad?

—Sí, señor.

—¿Qué tiene para informar?

—Todos están muertos — dijo Anderson.

—¿Miró en todas partes? ¿Fue realmente cuidadoso?

—Sí, señor. No hay nadie vivo en todo el Estado.

Kroner asintió e hizo otra marca de verificación.

—Eso es todo, Andy. Siguiente: Avakian, Katina.

Una mujer con una falda de lana y una blusa gris se acercó agitando los brazos. Ella comenzó a hablar. Kroner golpeó su bastón.

—Escuchen aquí por un segundo, amigos —dijo—. Aquellos que sepan hablar en inglés, cuando haga mi pregunta, asienten con la cabeza de manera afirmativa (así) y de lado (así) para decir no. Esto hará las cosas mucho más fáciles para nosotros. ¿De acuerdo?

Hubo murmullos y consultas susurradas. Durante un rato el patio estuvo lleno de ruido. La mujer llamada Avakian siguió asintiendo.

—Bien —dijo Kroner—. Ahora, señorita Avakian. ¿Qué territorios cubrió usted? Irán, Irak, Turquía, Siria. ¿Encontró a alguien vivo?

La mujer dejó de asentir.

—No —dijo ella.

—No —repitió Kroner, y tachó otro nombre de la lista— Bien, veamos aquí, Boleslavsky, Peter. Puede regresar ahora, señorita Avakian.

Un hombre vestido con ropas brillantes de la ciudad caminó rápidamente hacia el claro entre los árboles.

—¿Qué tiene para nosotros?

El hombre se encogió de hombros.

—Bueno, fui a Nueva York y barrí la zona a conciencia. Luego exploré el área de Brooklyn y Jersey. Nada, hombre. Nada en ninguna parte.

—Tiene razón —dijo una mujer de rostro oscuro en un tembloroso tono de voz—. Yo también estuve allí. Solo están los muertos en las calles, por todas partes, por toda la ciudad; en los coches miré incluso, en las oficinas. En todas partes hay gente muerta.

—Chávez, Pietro. Baja California.

—Todos muertos, señor.

—Señor Ruggiero. Capri.

El hombre de Capri sacudió la cabeza con violencia.

—Denman, Charlotte. Sur de Estados Unidos.

—Muertos como clavos de ataúd.

—Elgar, Davis S. Ferrazio, Ignatz. Goldfarb, Bernard. Halpern. Ives. Kranek. O'Brian.

Los nombres explotaron en el aire pálido de la tarde como disparos. Hubo muchas sacudidas de cabeza, muchas personas dijeron:

—No. No.

Finalmente, Kroner dejó de marcar. Cerró el cuaderno y extendió las manos. Vio los ojos redondos, las bocas temblorosas, los rostros jóvenes; vio a toda la gente asustada. Una niña comenzó a llorar. Se hundió en el suelo húmedo, se cubrió la cara e hizo estos sonidos de llanto. Un anciano puso su mano sobre su cabeza, parecía triste, pero sin miedo. Solo los jóvenes parecían asustados.

—Calma —dijo Kroner con firmeza—. Siéntense. Ahora, escuchen, voy a hacerles la misma pregunta una vez más. Tenemos que estar seguros —Esperó a que se callaran—. Muy bien. ¿Alguien aquí encontró una sola señal de vida?

La gente guardó silencio.

El viento había muerto de nuevo, por lo que no había ningún sonido. Al otro lado de la cerca de alambre, totalmente corroída, los prados grises yacían esparcidos por cadáveres de vacas y caballos y, en uno de los campos, ovejas.

Ninguna mosca zumbó cerca de los animales muertos; no había gusanos cavando. Sin buitres, el cielo estaba limpio de pájaros. Y en todas las colinas ondulantes crecía la hierba y la maleza donde alguna vez habían cantado y latido un millón de voces. En toda la tierra solo había esta inmensa quietud.

Kroner observó a la gente.

La joven del vestido de estampado, con su maquillaje brillante y su aspecto fiero, no parecía tan feroz en este crepúsculo gris. Observó a los viejos y jóvenes de todo el mundo agrupados en un solo lugar. Un vasto silencio polígloa reinaba en el sitio de reunión, en este lugar solitario, amplio y desierto, incluso antes de que llegaran las bombas de gas y la enfermedad.

Las pestes habían cubierto la tierra en tres días y tres noches. Todo estaba abandonado. Olvidado.

—Háblanos, Jim —dijo la mujer que le había entregado el cuaderno. Era nueva.

Kroner guardó la lista dentro del bolsillo.

—Dinos —dijo alguien más—. ¿Cómo nos alimentaremos? ¿Qué haremos?

—El mundo está muerto —gimió un niño.

—Muerto como cadáver. Todos lo están.

—Monsieur Kroner, ¿qué haremos?

Kroner sonrió.

Levantó la vista a través de la nube ponzoñosa que aún colgaba en el aire, un manto marrón, hasta donde la luna había salido ahora con total frialdad. Su voz era firme, pero le faltaba vida.

—Lo que algunos de nosotros hemos hecho antes —dijo—. Esperaremos. No es la primera vez. No será la última.

Un pequeño hombre gordo y calvo, con ojos viejos, suspiró y comenzó a titubear en el anochecer de octubre. El contorno de su forma vaciló y desapareció en las sombras bajo los árboles, donde la luz de la luna no alcanzaba. Otros lo siguieron mientras Kroner hablaba:

—Lo mismo que ya hemos hecho, y que probablemente seguiremos haciendo.

Dormiremos. Esperaremos. Luego comenzará de nuevo y la gente construirá sus ciudades. Gente nueva con sangre nueva, y luego nos despertaremos. Tal vez pase mucho tiempo. Pero no es tan malo; el tiempo pasa.

Levantó a una chica de unos quince o dieciséis años con las mejillas pálidas y los labios rojos.

—¡Vamos, ahora! ¡Solo piensa en el apetito que habrás acumulado!

La niña sonrió.

Kroner se enfrentó a la multitud y agitó las manos, las manos grandes, ásperas por el roce de las pirámides a medianoche y el tacto de los mosquetes, moteadas por las horas nocturnas en plantas empacadoras y líneas de camiones, heridas por el corte de un tomahawk y perforadas por una bala de ametralladora. Manos viejas. Manos viejas más allá del recuento de los años.

Mientras saludaba, el viento regresó de las montañas. Sopló la pesada campana de hierro en lo alto del granero blanco. Hizo crujir los letreros, levantó polvo y volvió a silbar entre los árboles muertos.

Kroner observó que el aire se volvía negro.

Esperó, luego dejó de saludar. Suspiró y comenzó a caminar. Caminó hacia un lugar de viñas y maleza. Allí se detuvo un momento y contempló el lugar silencioso de la hierba alta y oscura, las tumbas escondidas, los pergaminos, los niños congelados en piedra, teñidos de plata en la húmeda oscuridad de la noche.

Evitó mirar las cruces.

La gente se había ido. El lugar estaba vacío. Kroner pateó el follaje. Luego se metió en el ataúd y cerró la tapa. Pronto se quedó dormido.